

“Pidan y se les dará”

Lc 11, 1-13

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Lectio Divina

“ME HE ATREVIDO A HABLAR A MI SEÑOR”.

Hagamos nuestro el mensaje principal de la primera lectura y del evangelio. Se trata de una invitación a la oración, animada por una confianza filial en el Padre, que “es más grande que nuestro corazón” (1 Jn 3,20) y mucho más bueno que cualquier padre de esta tierra (Lc 11,13). El punto de partida de esta oración es la condición desesperada de Sodoma o una situación de necesidad: “No tengo nada” (Lc 11,6).

A partir de aquí podemos seguir dos caminos: o abandonar todo a su destino o mostrar que creemos en la amistad de Alguien que puede ayudarnos y atrevemos a pedirle esa ayuda. El amigo va a molestar a su amigo a media noche, y Abrahán se dirige a Dios con audacia:

“Me he atrevido a hablar a mi Señor”. Ambos interceden con insistencia y obtienen lo que han pedido, demostrando la verdad de este dicho: “Mucho puede la oración insistente del justo” (Sant 5,16). Cuando vemos a nuestro alrededor situaciones difíciles, ¿reaccionamos con resignación — (la puerta está cerrada, Lc 11,7) — o con la esperanza audaz y paciente de quien cree en el amor del Padre?

ORACION

La escuela de oración de los Padres de la Iglesia consistía en la explicación de la “oratio dominica”, o sea, del “Padre nuestro” enseñado por el Señor. Las dos primeras peticiones están relacionadas con el nombre y el reino del Padre; las otras son invocaciones en favor nuestro, y todas ellas están basadas, precisamente, en la fe y en el amor al Padre. Probemos a recitarlas una a una, lentamente, invocando al Espíritu Santo, para que nos introduzca en su verdad profunda.

Las peticiones confiadas de los hijos están ilustradas por la segunda parábola del evangelio. La primera parábola y la primera lectura nos enseñan, en cambio, la oración de petición por los otros, la intercesión, con el espíritu que vemos en el Sal 122,8: “Por mis hermanos y compañeros voy a decir: ¡La paz contigo!”. O como, adoptando un horizonte universal, decía Pablo a Timoteo (1 Tim 2,1): “Te recomiendo ante todo que se hagan peticiones, oraciones, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres”. En las lecturas de hoy faltan la acción de gracias y

la alabanza; está desarrollada, en cambio, la súplica, y precisamente en favor de otros. Es la oración como acto de amor. Probemos a pedir "pan", "cosas buenas" — más aún, el don mismo del Espíritu Santo— para nuestros familiares, amigos y... enemigos, y para quienes se hayan encomendado a nuestras oraciones.